

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador tan compasivo, que se dignó experimentar todas nuestras tentaciones para enseñarnos á vencerlas; dadnos la gracia de resistirlas prontamente, de seguir como los Apóstoles nuestra vocacion, y de profesar á la Iglesia el respeto que merece vuestra casa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero resistir pronto las tentaciones.

LECCION V.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — PRIMER AÑO.

La Samaritana. — Condescendencia del Salvador. — Agua de la gracia. — Anuncio de la ley nueva. — Curacion de un poseso, — de un paralítico. — Poder de perdonar los pecados. — Eleccion de los doce Apóstoles.

El Salvador habia salido de Judea en una estacion muy calurosa; habia caminado á pié toda la mañana, y llegado al mediodía á las inmediaciones de una ciudad de Samaria, llamada Sicar. Cansado del camino se sentó al borde de un pozo que llamaban la *fuenta de Jacob*. Sus discípulos se separaron, y fueron juntos á comprar víveres á la ciudad.

Durante su ausencia una mujer se acercó para sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber. ¿Cómo siendo judío y sabiendo que soy samaritana, le respondió esta mujer que reconoció en él á un hijo de la Judea, me pedís agua para beber? Porque los judíos tenían horror á los samaritanos, pues los consideraban como corruptores de la ley de Moisés.

El buen Pastor, que habia atraído á su lado aquella oveja descarriada y se proponia hacerla suya, no tuvo á bien contestar á esta pregunta. Si conocieras el don de Dios, le dijo, y si supieras quién es el que te dice: Dame de beber, tal vez te hubiera dado una agua viva que no te hubiese rehusado. El Salvador queria hablarle de la gracia y de las luces del Evangelio.

La mujer de Sicar no comprendió, ó afectó no comprender cuál era aquella agua. Señor, le dijo, no teneis nada con que sacar agua, y el pozo es profundo; ¿dónde teneis, pues, esa agua viva? ¿Sois acaso mas que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo donde han bebido él, sus hijos y sus ganados?

Jesús, que queria conducir por grados á aquella pobre extranjera al conocimiento del Evangelio, usó con ella de extrema condescendencia, y sin contestar á lo que acababa de decir sobre la supe-

rioridad de Jacob, le dijo: ¿No es verdad que cualquiera que beba del agua de este pozo vuelve á tener sed, y que no la apaga para siempre? Por el contrario, el agua de que hablo es tal, que jamás tendrá sed aquel que beba de la que yo le daré.

La Samaritana pareció dar crédito á estas palabras, lo cual era el primer paso hácia su conversion; pero no comprendiendo aun la naturaleza de una agua tan maravillosa, le dijo: Señor, dadme de esa agua para que no tenga mas sed y no venga mas aquí á sacarla. Antes de satisfacerte, le dijo el Salvador, vé á Sicar á llamar á tu marido, y tráele aquí contigo. Yo no tengo marido, respondió ella. En esta confesion la esperaba Jesús, pues su misericordia, si así podemos expresarnos, le habia tendido este lazo. Dices verdad, añadió, no tienes marido, porque has tenido ya cinco, y el que vive ahora contigo no es tu esposo legítimo. Jamás has hablado con mas razon que al decir que no tenias marido.

Si aquella mujer no era naturalmente buena, tenia al menos la rectitud de no ocultar la verdad, pues en vez de mentir á Jesús, como tantas otras hubieran hecho, y con mas resolucion en cuanto el reproche era mas fundado, le dijo con un transporte mezclado de vergüenza: Señor, por lo que veo, sois un profeta.

La sencillez de esta confesion la dispuso para ser perdonada, y sin embargo la oveja forcejaba aun bajo la mano del buen Pastor, y tratando, por consiguiente, de desviar la conversacion de un asunto que naturalmente debia desagradarla, la hizo versar sobre la controversia que separaba á los judíos de los samaritanos. Nuestros padres, dijo al Salvador, adoran en el monte de Garizim, y vosotros decís que el lugar donde debe adorarse es el templo de Jerusalem.

Cualquiera que fuera el motivo, esta pregunta hizo caer á la Samaritana en un nuevo lazo de la misericordia. El Salvador se aprovechó de su respuesta para instruirla en el culto perfecto que acababa de establecer sobre la ruina de todos los antiguos, sin exceptuar el culto judaico que, aunque verdadero, no era mas que una preparacion para el culto evangélico.

Mujer, le dijo, créeme, ha llegado el tiempo en que no adoraréis mas al Padre en ese monte, ni en Jerusalem; pero llega el dia, y hasta ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Penetrada de la creencia entonces universal de que habia llegado la época profetizada, le dijo la mujer: Sé

que el Mesías está á punto de venir, y cuando haya venido nos explicará todas las cosas. Ese Mesías, dijola Jesús, que los dos pueblos esperan, que debe instruiros sobre todas las cosas, y que aceptais por juez de vuestras contiendas, ese Mesías soy yo, el que te habla.

De este modo, pues, habia conducido el Salvador con arte maravilloso á aquella mujer hasta que dijera que se remitía á la decision del Mesías. Solo faltaba una palabra para coronar la obra de su conversion, y coloca tan á propósito el Salvador esta palabra vencedora, que en el momento que acaba de pronunciarla llegan sus discípulos é interrumpen la conversacion como para quitar á la Samaritana, conmovida ya, la tentacion de disputar mas, y para darle tiempo de reflexionar en silencio.

En efecto, cuando Jesús acababa de decir á aquella mujer: Yo soy el Mesías, los cuatro discípulos que hemos visto alejarse de su Maestro en el pozo de Jacob para ir á la ciudad en busca de víveres volvieron con sus provisiones y quedaron sorprendidos al ver á Jesús que contra su costumbre hablaba con una mujer. Sin embargo, profesaban tanto respeto á su divino Maestro, que ninguno de ellos se atrevió á decirle: ¿Qué preguntais á esa mujer de Samaria, y por qué le dais libertad para hablaros?

La Samaritana, animada por su parte de ese fuego divino que enciende en las almas rectas la conversacion de Jesús, fué á comunicarlo á los habitantes de su ciudad. Venid á ver, les dijo, un hombre que me ha dicho lo que he hecho: ¿si quizá es este el Cristo? Los samaritanos de Sicar estaban tan persuadidos de que habia llegado la época del Mesías, que, únicamente por lo que les dijo su compatriota, salieron en tropel de la ciudad y fueron á encontrar á Jesús suplicándole que viviera con ellos. Accedió á su deseo, y entró en Sicar, donde empleó dos dias en instruirlos y fortalecerlos en la fe.

El Salvador continuó entonces su viaje hácia la Galilea, cuyos habitantes le recibieron con afan, pues habian presenciado todo lo que habia hecho en Jerusalem durante la fiesta. Luego se habló de él en todo el país, y todos acudian en tropel á las sinagogas donde enseñaba; mas en tanto que todo el mundo publicaba sus alabanzas, Jesús continuaba sin descanso la obra por la cual habia bajado á la tierra.

Donde quiera que habia una miseria que aliviar, era seguro verle acudir para prodigar su auxilio. Lo mismo que el alma, el corazon

y el cuerpo del hombre estaban contaminados por la llaga del pecado, y todas las palabras, todas las acciones y todos los milagros de nuestro Señor tenían por objeto curar estas tres partes de nosotros mismos. Y no es esto todo, pues el hombre, esclavo del pecado, lo era también del demonio, al cual voluntariamente se había impuesto por soberano obedeciéndole más bien que á Dios. El objeto de la venida del Mesías era también libertarle del yugo humillante de este cruel tirano, y hasta parece que en los días de la predicación de Jesucristo Dios dió un poder más amplio al enemigo del linaje humano, para proporcionar mayor realce á las victorias de su Hijo.

Un día de sábado entró en la sinagoga donde estaban reunidos los Doctores y el pueblo, y repentinamente el demonio exclamó con voz fuerte y terrible por boca de un poseso: Déjanos en paz, Jesús de Nazareth, no nos perturbes en nuestra posesión; ¿qué tienes tú con nosotros? ¿No has venido, pues, al mundo más que para declararnos la guerra, y para que cese el poder que ejercemos sobre los hombres? Sé quién eres, el Santo de Dios. El Salvador no esperaba la verdad del padre de la mentira; y tomando un tono amenazador dijo estas breves palabras al espíritu maligno: Enmudece, y sal del cuerpo de ese hombre.

Convenía á la gloria de Dios que la posesión no fuese dudosa, y para que el milagro apareciese de un modo incontestable, Jesús permitió al demonio que hiciera sentir durante algunos momentos su despecho y su desesperación al desventurado que le obligaban á abandonar. El espíritu infernal al salir de su esclavo lanzando alaridos, le causó violentos tormentos y espantosas convulsiones, le arrojó bruscamente en medio de la asamblea, pero no hizo más que mostrar la impotencia de su rabia, porque el poseso se halló sin incomodidad alguna y sin heridas, y tan sano de cuerpo como libre de espíritu.

El milagro era público y verídico, pero nuestro Señor lo había hecho con tanta tranquila apariéncia, y se había mostrado, al hacerlo, tan seguro del buen éxito, que el modo con que se había verificado el prodigio era tan asombroso como el prodigio mismo. Sin alterarse después del suceso, así como no se había afanado durante la acción, dejó á todos los espectadores sumidos en una sorpresa tanto mayor, cuanto él no experimentaba ninguna.

Así pues, cuando los galileos vieron que los milagros acompaña-

ban las palabras del Salvador, y que tanto le costaba hacerse obedecer del infierno como mostrar el camino del cielo, experimentaron un terror respetuoso. ¿Qué indica lo que vemos? se preguntaban unos á otros; ¿qué nueva doctrina es esta? ¿qué nuevo Doctor es este que manda á los espíritus inmundos, y al instante le obedecen?

El rumor del milagro obrado en el poseso y la admiración hacía su libertador se extendieron sin tardanza desde la sinagoga á toda la ciudad de Cafarnaüm y hasta las más recónditas comarcas de Galilea. Esta fama no era la más á propósito para permitir al Salvador una vida muy tranquila, y al momento le hubiera acosado una multitud de afligidos, si la circunstancia del sábado no hubiera contenido á los más anhelosos en una inacción que creían prescrita.

El sábado comenzaba por la tarde y terminaba á la misma hora del día siguiente. Luego que hubo transcurrido, todas las familias en que había enfermos, achacosos de toda especie y demoníacos ó posesos, se pusieron en movimiento y se apresuraron á llevarlos á la presencia de Jesús. El número de ellos era tan inmenso, que toda la ciudad estaba reunida en la puerta de la casa. El Salvador los curó á todos sin excepción; los enfermos le bendecían como á su libertador, y los demonios arrojados de las almas y de los cuerpos, exclamaban al salir: Eres el Hijo de Dios.

De este modo realizaba el Salvador aquellas palabras del profeta Isaías al hablar del Mesías: Está cargado de nuestras flaquezas, y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades. Lo cual quiere decir: El Salvador ha recibido el poder, no solamente de purificar nuestras almas de la mancha del pecado, sino también de curar las dolencias de nuestros cuerpos, porque está encargado de pagar á Dios, su Padre, con la efusión de su propia sangre todas las penas, ora eternas, ora temporales, merecidas por el pecado, y entre las cuales deben contarse las dolencias de la vida, la necesidad de la muerte y las violencias del demonio.

Jesús no se contentaba con curar los cuerpos quitando los demonios y las enfermedades, sino que se dedicaba también á la curación de las almas, disipando las tinieblas del error y de la ignorancia, que son las consecuencias del pecado; y para que se tuviera fe en sus palabras, patentizaba su divinidad con ruidosos milagros, y preparaba el pueblo privilegiado á creer en la vocación de todos los pueblos y á entrar en una religión que, en vez de circunscribirse á los

límites de la Palestina, debía tener por campo el mundo entero. Bajo estas bases, pues, instruía á aquella inmensa multitud.

Habia empero en la asamblea Fariseos, Escribas y Doctores de la ley, que de todos los puntos de Galilea, de Judea y de Jerusalem habian acudido á ella con el designio quizás de examinar sus palabras y espiar sus acciones; y como el crédito que se habia granjeado les ofendia ya en extremo, buscaban una ocasion para disfamarse ó perderle, pudiendo considerarse aquel dia como el principio de la guerra cruel que no cesaron ya de hacer á su persona, á su doctrina y á sus discípulos hasta la completa ruina de su nacion. Aquellos perversos estaban sentados á su lado, y le escuchaban con maligna intencion, cuando fue interrumpido su discurso por un singular acontecimiento que atrajo las miradas de todos los espectadores.

Cuatro hombres llevaban á un paralítico tendido en su lecho para presentarlo al Señor, y no habiendo logrado atravesar la multitud, concibieron la idea de subir al enfermo á lo mas alto de la casa que, segun la costumbre del país, formaba una azotea descubierta, y practicaron en el techo una ancha abertura por la cual bajaron al paralítico, acostado en su misma cama, hasta los piés del Salvador y en medio de la asamblea. Jesús se enterneció al ver la fe viva del enfermo que imploraba su auxilio, y la ingeniosa caridad de los que le presentaban. La ocasion era excelente para aliviar á un desgraciado, confundir á los incrédulos, aumentar la gloria de su Padre y autorizar su mision, y por esta razon la aprovechó. Hijo mio, dijo al paralítico, ten confianza, y serán perdonados tus pecados. Profundas palabras que nos revelan que las dolencias del cuerpo son con frecuencia el efecto de las enfermedades del alma.

Al oir estas palabras, los Escribas y Fariseos empezaron á discurrir y á decirse á sí mismos: ¿Cómo es que usa este hombre semejante lenguaje? Blasfema, se arroga un poder que no tiene. ¿Quién puede perdonar los pecados si no es Dios tan solo? Habiendo leído Jesús estos pensamientos en su corazon, les dijo: ¿Por qué concebís interiormente malignas sospechas contra mí? ¿Es mas fácil decir á un paralítico: Tus pecados serán perdonados, que decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?

Ahora bien, para que sepais que el Hijo del Hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados, oid lo que voy á deciros, y ved cuál va á ser la eficacia de mis palabras. Y mirando entonces

al paralítico, le dijo: Levántate, yo te lo mando, llévate tu lecho, y vuélvete á tu casa. Y el hombre se levantó al momento, y cargando sobre sus hombros su lecho, tomó el camino de su casa publicando las alabanzas de Dios.

Uniéronse á las acciones de gracias del paralítico las aclamaciones de los asistentes que decian: Nunca se vió al Señor hacer tan grandes maravillas en su pueblo; y todos á un tiempo glorificaron á Dios por haber comunicado al hombre un poder tan divino como el de perdonar los pecados. En efecto, este poder, mas aun que el de curar las enfermedades, era el fin de la encarnacion del Hijo de Dios, y el mas necesario asi como el mas precioso de todos los bienes que debía proporcionar á la naturaleza humana. De aquí la sorpresa, la admiracion y la alegría del pueblo, al ver que Dios se habia dignado comunicar á los hombres este derecho que parecia el mas incomunicable de todos los de la Divinidad.

Jesús partió despues de este milagro; y le siguió todo el pueblo, al que instruía segun su costumbre. El Salvador emprendió esta especie de viaje con cierto designio, pues meditaba una conquista tanto mas gloriosa á la fuerza de la gracia, cuanto el objeto podia parecer menos dispuesto á seguir sus impresiones.

Al pasar por delante de la oficina de las Rentas donde se pagaban las contribuciones impuestas á la nacion, vió sentado en su despacho á un hombre llamado Mateo, y le dijo: Sígueme. Mateo se levantó, y abandonándolo todo, le siguió, siendo él mismo quien, discípulo primeramente, apóstol despues, y últimamente historiador de su Maestro, nos cuenta los pormenores de este acontecimiento. Con objeto de honrar la naturaleza humana, á la cual no se habia desdenado unirse, se ve constantemente al Hijo de Dios elegir hombres de todas las condiciones para hacerlos cooperadores suyos en la obra de la redencion del mundo.

Tenia ya un número bastante considerable de discípulos; pero hasta entonces todos eran á poca diferencia iguales, y queria que ocupasen el puesto mas distinguido, y fuesen los padres y jefes del nuevo pueblo que iba á crear en la tierra. Habia llegado el momento en que debía hacer esta eleccion, la mas importante para el universo, y antes de proceder á ella, el Salvador fué á un monte y pasó la noche orando en su cima. No necesitaba estos preparativos, mas convenia que diera el ejemplo á su Iglesia, que se ha impuesto la ley de imitarle religiosamente, como lo vemos por los ayunos y oracio-

nes con que hace preceder siempre la eleccion y la consagracion de sus ministros.

Luego que se hizo de dia llamó á sus discípulos, entre los cuales habia elegido doce para tenerlos á su lado y con designio de enviarles á predicar, y les honró con el nombre de Apóstoles, que significa enviados, concediéndoles el poder de curar los enfermos y arrojare los demonios.

Hé aquí el nombre de los doce Apóstoles: Simon, á quien Jesús dió el nombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo el Publicano, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, y Judas, su hermano, llamado Tadeo; Simon el Cananeo, llamado el Celoso, y Judas Iscariotes, aquel que le vendió.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que curó á la vez nuestra alma iluminándola, nuestro corazon purificándola, y nuestro cuerpo aliviándola; concedednos la gracia de que entendamos y practiquemos sus lecciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero suplicar hoy mismo por los pecadores y los enfermos.*

LECCION VI.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO PRIMERO.

Sermon del monte: se divide en dos partes. — Fundamentos de la sociedad nueva: ocho bienaventuranzas. — Deberes de los Apóstoles y de los sacerdotes. — Deberes comunes á los sacerdotes y á los fieles: pureza de intencion, oraciones, ayuno, limosna, confianza ilimitada en la Providencia. — Curacion de un leproso y del siervo de un centurion.

Despues de elegir sus Apóstoles, el Salvador bajó del monte con ellos y los demás discípulos; esperábanle en el llano una multitud infinita de pueblo de toda la Judea, de Jerusalem y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian ido para oírle y curarse de sus dolencias. El Salvador les curó á todos, y despues de haber sanado los cuerpos, creyó que habia llegado el momento favorable para trabajar por la salvacion de las almas. Habiendo vuelto á subir á la altura, se sentó en medio de sus discípulos, y pronunció con voz bastante elevada, para que le oyera todo el pueblo, aquel admirable discurso que se llama el sermon del monte. Acerquémonos para recoger las palabras de luz y de salvacion que van á salir de la boca divina, pues lo mismo se pronunciaron para nosotros que para ellos.

El discurso del Hijo de Dios puede dividirse en dos partes. La primera es relativa principalmente á los Apóstoles y á sus sucesores en el ministerio evangélico, y la segunda se dirige á todo el pueblo presente y á todos los pueblos cristianos en la continuacion de los siglos. Jesucristo, fundador de una sociedad nueva, ó mas bien restaurador de la sociedad humana degradada por el pecado, sienta las bases del nuevo orden de cosas que acaba de establecer, y despues traza sus deberes á los sacerdotes y á los fieles.

1.º Sienta las bases del nuevo orden de cosas que acaba de establecer. Como príncipe de la paz, quiere que ésta reine en el corazon del hombre para que reine en la sociedad universal de que es fundador; pero el corazon del hombre es como un mar agitado, pues